

SIMÓN ELÍAS BARASOAIN

Las ventajas de
ser antipático

Tribulaciones de un aventurero desnudo

ÍNDICE

Presentación	II
Ginebra	13
Esauira	31
Teherán	47
Chamonix	65
El Rif	77
La Gomera	99
Äänekoski	123
París	141
Lahore	161

A L.
por la insurgencia

*Es una pena que los yanquis
que tenían esta gran tradición
de asesinar a sus presidentes la
hayan perdido.*

Aki KAURISMÄKI

*Todo en la vida es cuestión de
malentendidos.*

Reynaldo HAHN

PRESENTACIÓN

EL AIRE ES CALIENTE y empuja pequeños granos de arena que se quedan pegados a la piel. Cuando el silencio es muy denso y profundo, se puede escuchar. Es un rumor sordo de bienestar, sostenido por la vastedad del paisaje, los tonos ocre, las formas de roca fállicas emergiendo de los cañones y el frescor del río Colorado que se adivina al fondo de las gargantas. El cielo, aunque parece el mismo de siempre, con ese horizonte límpido que se adivina en Tíbet o en los volcanes del altiplano boliviano, tiene un color de *western* que solo existe aquí. Es agradable estar desnudo. Es tan agradable que me excito, pero no lo hago de una manera sexual sino como un recuerdo infantil, sabiendo que estoy transgrediendo la norma. Es la estúpida felicidad de los traviesos. El dulce sabor de la insubordinación.

Estoy en la cumbre de una pequeña aguja del desierto de Utah que apenas tiene ocho metros cuadrados de superficie. Mientras salto de piedra en piedra para hacerme una foto, mi polla se bambolea en el aire. Estoy a tres horas de la carretera asfaltada más cercana y este desnudo es una concesión personal. Es una manera de enseñarle el culo al mundo, desde la distancia, pues a menos de dos kilómetros en línea recta puedo ver las diminutas siluetas de la gente en el mirador de Grand View Point. Están bajándose de sus casas rodantes con el recibo de entrada al Parque Nacional en el bolsillo del pantalón corto, gordos y ligeramente atrofiados por la comida basura, con sus gorras de béisbol y sus prismáticos.

Escrutan el paisaje minuciosamente, como si quisieran adentrarse en la naturaleza con los ojos mientras el cuerpo deglute un helado de vainilla. Están rastreando con sus prismáticos la gran depresión de Monument Basin, uno de los sistemas de cañones más impresionantes del planeta, apoyados sobre la barandilla de protección. Dejan los gemelos colgando del cuello durante un momento para comparar el paisaje inalcanzable con la más próxima explicación del panel informativo. Señalada por una flecha encuentran la esbelta aguja de Standing Rock: ciento veinte metros de longitud por ocho de diámetro. Levantan otra vez los prismáticos buscando esta proeza de la naturaleza y se les contrae el rostro:

—¡En la cumbre de la maldita aguja hay un tipo desnudo! ¡John, Richard! —llaman a sus amigos—. ¡En la cumbre de esa pequeña aguja hay un tipo desnudo que hace gestos obscenos!

Yo levanto los brazos en el aire y empujo grotescamente la cadera adelante y atrás con el consecuente bamboleo de mi chorra. Me agacho y enseño el matorral entre las nalgas. La imagen es grotesca. Es una pequeña licencia que apenas dura un par de minutos, luego me visto y desciendo cuidadosamente de la torre de arenisca con mi cliente. Las cuerdas cuelgan en el vacío mientras repaso escrupulosamente cada maniobra. Es mi décimo día de trabajo en los desiertos del sudoeste americano, me llamo Simón Elías, soy guía de montaña y acabo de cumplir cuarenta años.

GINEBRA

I

CUANDO TENÍA TRECE AÑOS, en un parque cercano al colegio, me besó una chica pelirroja y bajita que venía de un pueblo de la ribera. Me cogió la mano izquierda entre las suyas y me besó los labios. Primero con un ligero fruncido, como si los rozase para sentir a qué sabían, y luego introduciendo su lengua en mi boca con placentera violencia. Todavía recuerdo el desconcierto que me produjo tener ese órgano húmedo y duro como un pescado entre los dientes.

Unas semanas después de habernos besado en el parque fuimos con el colegio a pasar un fin de semana en un albergue de la costa vasca. Yo no podía dormir, me revolvía sobre la cama y pensaba continuamente en ese pescado caliente dentro de mi boca. Cuando la veía entrar en el comedor me ponía tan nervioso que me daban ganas de meterme dentro del libro de Ciencias Naturales. La observé durante horas en las jornadas de aquella primavera fatídica que marcaría el ritmo de mi vida. Recordaba mi mano entre las suyas recibiendo un apoyo que nunca antes había sentido de una madre o un amigo. Intentaba cruzarme con ella en los pasillos buscando su atención, incluso probé a jugar a fútbol de delantero en los recreos. Durante el retiro de campamento comencé a fumar cigarrillos, intenté ganar una carrera de bicicletas que acabó con una visita a la enfermería y gritaba a voz en grito los nombres de los pájaros y de los árboles —una de mis

raras virtudes— que encontrábamos durante los paseos, siempre sin ningún resultado.

La última noche nos trajeron un radiocasete y la profesora de francés puso música como la que tocaban las orquestas cuando venían a las fiestas del pueblo. Yo no sabía bailar y me daba vergüenza. Después de haberme sentido tan poderoso con mi mano entre las suyas, me había reducido a un niño inseguro, cargado de flaquezas. Salí a la calle y encendí un cigarrillo que alguien había robado a sus padres. La música salía a borbotones por la puerta, acompañada de las risas y los gritos de los niños. Estaba sentado con la espalda apoyada en un roble, protegido por un seto de escobas que empezaban a florecer, cuando la vi salir con uno de los chicos que iba al curso superior y que nos pegaba y nos amenazaba con atropellarnos con su moto en el aparcamiento del colegio. Ella se reía mientras el macho adolescente avanzaba hacia el seto como si el mundo fuese de su propiedad. Se bajó la cremallera y sacó el pene, un pene oscuro como un mendrugo de pan duro. Luego orinó a escasos veinte centímetros de donde yo me encontraba. Se besaron durante media hora, mientras él intentaba tocarle unos pechos minúsculos y ella le rechazaba dulcemente.

Mientras cocinaba e intentaba cortar una caja de cartón con un cuchillo recién afilado, he estado a punto de cercenarme de cuajo el dedo gordo de la mano izquierda. Ha sido un ataque antievolucionista. Intentando privarme del dedo prensil he querido regresar a los orígenes de las especies y desintegrar mi fuerza de trabajo; si Rousseau proclamaba que el hombre era bueno por naturaleza y que era la sociedad la que le corrompía, mi acercamiento hacia el mundo animal debe necesariamente mejorar mi carácter. Estas son mis vagas reflexiones mientras observo el miembro cosido, con un nervio seccionado, en un acto estúpido que quedará grabado en los anales de mi épica. Una lágrima se me escapa al pensar en las cuatro semanas de baja y en cómo me miraría sir Francis Richard Burton, campeón de esgrima y

escritor de manuales militares para lucha con espada y bayoneta. El hombre al que le atravesó la mandíbula una lanza somalí. El geógrafo, traductor, escritor, soldado, orientalista, cartógrafo, etnógrafo, espía, lingüista, poeta, esgrimista y diplomático. Mirza Abdullah el Bushri en su disfraz de persa, el Negro Blanco ante los ojos de sus soldados o Haji Abdullah, el artificio del que se sirvió para entrar a La Meca y que acompañó de la circuncisión, para no poder ser descubierto ni en sus momentos más íntimos.

Durante sus años mozos Burton era admirado por las damas. Parece ser que levantaba pasiones con su virilidad, sus cicatrices y su leyenda exótica. Pero la estirada sociedad victoriana evitaba todo pretendiente «rebelle, excéntrico, pobre o demasiado inteligente».¹ En una ocasión, al enterarse una señora de que Richard estaba cortejando a una de sus hijas, le invitó a tomar el té. Durante una aburrida velada en la que Burton estuvo a punto de levantarse y partir sin dar explicaciones, la vieja dama finalmente llegó al punto y le preguntó sobre las intenciones con su hija.

—¡Desafortunadamente, deshonestas! —le respondió Burton.

A los quince años hice el amor por primera vez. Fue durante una fiesta en la casa de mis padres en la que acabamos tirando una de las paredes del garaje, al golpearla con el viejo Land Rover de la finca, completamente borrachos. Cuando mis progenitores regresaron de su retiro de fin de semana, la estampa era tan brutal que mi padre apeló a unos inciertos orígenes en común con los salvajes de las praderas.

Y ciertamente que algunas fiestas durante la adolescencia rural igualan en su falta de civilización a ritos que bien había identificado mi padre con salvajes como los sioux. Esta tribu nómada instruía a sus hijos en las torturas más atroces contra sus enemi-

1 Fawn Brodie: *The Devil Drives: A Life of sir Richard Burton*. Eland Publishing, 2002. [Si no se cita edición española, las traducciones son del autor].

ESAUIRA

I

CUANDO ANTOINE DE SAINT Exupéry comenzó a trabajar como piloto en 1926 en la línea Toulouse-Casablanca, no existían los precisos aparatos de posicionamiento por satélite de hoy. Los vuelos se hacían desafiando las tormentas, sacando la cabeza por la ventanilla cuando el cristal se congelaba o sumergiéndose a ciegas en los mares de nubes que cubrían los valles. Muchos pilotos murieron mientras realizaban estas maniobras. Para Saint Exupéry, amante del África misteriosa y uno de los pocos supervivientes de aquella época para gracia de la aviación y de la literatura, «un hombre se descubre cuando se mide con un obstáculo».

La plaza Yamaa el Fna de Marrakech es la línea divisoria entre África y el Mediterráneo. Entre lo que se ve y lo que se siente. Aquí se escucha la llamada del continente negro: los músicos, los bailarines tribales, los vendedores de dientes, los puestos de comida y sus aromas especiados, los contadores de cuentos y los acróbatas. En la plaza siempre reina una inusitada animación que estremece al viajero como si se enfrentase a un mundo nuevo, desconocido y ligeramente perturbador.

Había pasado toda la tarde llorando en Madrid, recogiendo mis libros y cargándolos en una furgoneta. Es duro despedirse de una persona, pero es más difícil despedirse de los objetos. A los humanos los podemos juzgar imparcialmente para nuestra protección, pero los objetos evocan algo inerte que no se puede ma-

nipular: recoger el cepillo de dientes, doblar una toalla, retirar un cuadro o descolgar las llaves de detrás de la puerta por última vez, son actos aparentemente inofensivos que súbitamente emanan una dolorosa violencia.

Al llegar a Marrakech, con la maleta de cuero rojo colgando del brazo, inmóvil como una estatua en medio de la plaza Yamaa el Fna y rodeado por el sonido de los timbales, siento un miedo atroz. No puedo cenar, me encierro en la habitación del hotel e intento conciliar el sueño mientras las percusiones me introducen como un mantra en un mundo donde lo onírico y lo real se confunden. Este hubiese sido un escenario ideal para el explorador inglés Wilfred Thesiger, también conocido por su nombre árabe Mubarak bin London (el Herido de Londres). Tras haber pasado toda su vida en el desierto, la sabana y las marismas, conviviendo con poblaciones primitivas, se encontraba en su lecho de muerte en Inglaterra cuando un doctor se aproximó a él con el gorro y la mascarilla pertinentes que le cubrían el rostro. Thesiger abrió los ojos y, asustado, le preguntó:

—Usted, ¿de qué tribu es?

Dicen que en esta plaza se exhibían las cabezas de los ajusticiados. La mía se balancea todavía sobre los hombros, pero podría desprenderse en cualquier momento. Tengo los ojos inflamados por el llanto, duermo pero me veo a mí mismo varado en medio de la plaza. Un hombre con turbante se acerca con una serpiente en la mano y un mono sobre el hombro. Me habla por una boca sin dientes y me ofrece la serpiente. Avanzo tímidamente una mano y el ofidio se enrolla en mi brazo hasta que su cabeza se acomoda en mi cuello como si fuese una mujer. Los crócalos de los músicos gnawas crean un sonido metálico que rebota entre los montones de basura. Los bailarines saltan y hacen piruetas. Un hombre con el pecho desnudo lanza una llamarada de fuego por la boca. Una mujer grita en árabe desde un portal mal iluminado. Estoy en África, rodeado de *djins* (espíritus) que bailan, dan volteretas y se

burlan de los hombres mortales y temerosos saltando entre las terrazas. Las brujas me llaman desde la oquedad vacía de sus encías:

—Aventurero, aventurero, desnúdate para nosotras.

Los cuerpos insepultos de los santos bendecidos flotan entre las terrazas, iluminados por los candiles de la mezquita.

II

CUANDO DESPIERTO en el autobús puedo ver en lontananza los edificios de Esauira recortándose contra el océano Atlántico. Por alguna razón que todavía no comprendo, el destino me ha empujado hasta la antigua ciudad marroquí de Mogador, final del trayecto de las caravanas que atravesaban África para comerciar con oro, esclavos, especias y objetos tan valiosos como plumas de avestruz o colmillos de elefantes. Aquí filmó Antoine de Saint Exupéry *Correo del Sur* y se emborrachó Jimmy Hendrix. En las islas de la bahía, desde la época fenicia se machacaban moluscos para extraer la púrpura con la que teñir los mantos de los emperadores. Dicen que a Ptolomeo de Mauritania lo asesinó Calígula, después de haberle invitado a Roma con todos los honores, por llevar un manto con un tinte mucho más admirado que el de su anfitrión. Esta ciudad es la puerta del África negra y de una concepción mágica de la existencia. También es último enclave de la cultura mediterránea, como atestiguan sus casas blancas con puertas y ventanas pintadas de azulete, el mismo código que se repite desde Siria hasta Mogador. Aquí, bajo un sol omnipresente, rodeados de bosques de arganes, se ha tejido una parte de la historia del mundo. Lejos de las grandes cortes europeas Mogador, Esauira, siempre ha sido una civilización en el exilio.

En un grabado publicado en 1790 por Georg Host podemos ver al sultán Mohamed Ben Abdalla, fundador de la nueva ciudad,

TEHERÁN

I

EN EL MOLINO, JUNTO a la chimenea, Willy nos había contado la historia del *sha* de Persia. No la recuerdo con nitidez, suenan en mi memoria algunas ideas de aquel relato, como instrumentos perdidos de una orquesta que evocaba el olor de las especias, el polvo del desierto y que abrían la puerta al lejano oriente de Rimbaud. Willy era un suizo alto y corpulento, con una media melena salpicada de canas y una sonrisa encantadora. Llevaba unos meses viviendo en el tipi indio que mi madre había hecho construir en el prado. Willy hacía fuego y cocinaba con un hornillo de gas mientras estudiaba el mundo de los caballos. Era domador y había pasado varios años trabajando como guardaespaldas en Irán.

Durante aquel invierno que Willy vivió con nosotros, venía algunas tardes a conversar a la cocina. Tomábamos té de romero y liábamos cigarrillos mientras el sonido de la música clásica ambientaba la penumbra de las llamas de la chimenea. Frente a ella, trazando imágenes sobre las llamas con sus manos, describía con detalle los rincones de los palacios que había visitado, los frondosos jardines, la riqueza de los mosaicos y las dificultades de una sociedad asfixiada por los excesos del poder. Irán nació en aquellas historias como un paisaje que representaba la esencia del viaje, la Ruta de la Seda, la *terra ignota* cargada de leyendas y alfombras mágicas.

André Breton en la revista *Littérature*: «Dejadlo todo. Dejad el dadá. Dejad a vuestra mujer, dejad a vuestra amante. Dejad vues-

tras esperanzas y vuestros temores. Plantad a vuestros hijos en la esquina de un bosque. Más valen cien pájaros volando que uno en mano. Dejad el deseo de una vida acomodada, lo que se obtiene del porvenir. Partid a las carreteras».¹¹

II

VESTIRTE PARA HACER una gran ascensión en la montaña es un ritual, como en todos esos momentos en los que el hombre se prepara para enfrentarse al peligro. Los vikingos tomaban infusiones de *Amanita muscaria* y se transformaban en animales, cubriéndose con pieles y garras, antes de la batalla. El soldado sale pulcro al campo de combate, con su arma aceitada y la carta de su novia cuidadosamente doblada en el bolsillo de la guerrera, en el casco ha dibujado el delfín que ella lleva tatuado en el tobillo. El alpinista se pone las medias, la camiseta de lana merino y se cuelga el altímetro del cuello como una efigie del Todopoderoso. Camina por su cuarto y hace como si buscara algo en el armario pero realmente está sondando dentro de él. Está midiendo la profundidad de sus miedos. Palpa la incertidumbre. Envuelto en su traje impermeable, con el material ordenado sobre el suelo, como en la imagen de un alijo incautado por la policía, se sienta sobre una banqueta y durante unos minutos no hace nada. Solo clava la vista en una esquina de la habitación y respira profundamente.

En el teleférico siento que mi cliente no está preparado. Es un tipo fuerte que pasó varios años en la Legión Extranjera húngara. Es un hombre que probablemente haya matado a otros hombres. Habla poco de sus tiempos de soldado en África. Quiere hacer tres cumbres de cuatro mil metros en un día a través de una ascen-

11 André Breton, en *Littérature*, 1 de abril de 1922.

sión larga y técnica. Lleva varios años con el proyecto de escalar las ochenta y dos cumbres más altas de los Alpes. Las que superan la barrera de los cuatro mil metros. Estamos en mitad del invierno y todavía nadie ha realizado una escalada así. Mientras pasamos la noche en el edificio del teleférico no puedo dormir. Siento el miedo atravesándome el estómago. Tengo frío, como si en vez de estar protegido por el saco de dormir de plumas, estuviese desnudo enfrentando esta montaña con la piel de gallina y la minga del tamaño de un garbanzo.

Salgo a fumar un cigarrillo a la terraza y, para vencer el miedo, decido desnudarme y exponer directamente el cuerpo a los reflejos de la luna sobre el glaciar. Estoy asustado pero es agradable tener los pezones duros como el pedernal. Veo las luces de una cordada sobre la cara norte del Dru. Hay otros reflejos sobre una ruta que puede ser Les Barbares, al fondo del circo del glaciar de Argentière. «Esa gente —pienso— sí que está librando una batalla». Los imagino muertos de frío, deshidratados, escalando en medio de la noche, con el nerviosismo de no haber encontrado una repisa lo suficientemente amplia para tumbarse unas horas a dormir. Pensar en ellos me hace sentirme mejor, casi ligeramente espoleado; y me vuelvo a dormir, enrollado en el saco.

Moby Dick es una de las mejores novelas de aventuras de todos los tiempos. Sus dos primeras frases son básicas pero te transportan inmediatamente a un mundo de tribulaciones: «Mi nombre es Ismael. Hace unos años, encontrándome sin apenas dinero, se me ocurrió embarcarme y ver mundo». La novela es una confrontación del hombre contra el mundo indómito representado por un monstruo blanco. Es el río Congo de Francis Burton, las tinieblas de Joseph Conrad y el *Apocalypse now* de Coppola, con los helicópteros y las explosiones de napalm, representando al monstruo. En la novela de Melville, los hombres blancos quieren conquistar la naturaleza hasta las profundidades abisales y se enfrentan cuerpo a cuerpo con la bestia. En uno de esos episodios el primer oficial